



Teatro. La tragedia de 'Las troyanas' resuena en el presente —34

Una asociación de defensa del patrimonio histórico organiza visitas al cenobio de San Antonio el Real, en Segovia, para conservar su legado, tras cuatro años cerrado

Un monasterio del siglo XV reabre y reivindica a Enrique IV el Impotente

MANUEL MORALES

Segovia

Un par de vueltas de llave y se entra en la Segovia de mediados del siglo XV. Es la puerta que da acceso al monasterio de San Antonio el Real, que ha estado cuatro años cerrado, desde que tuvieron que marcharse las últimas tres monjas clarisas que habitaban sus más de 10.000 metros cuadrados y los casi 40.000 para huerto y otras labores. Las religiosas obedecieron la norma vaticana que obliga a una comunidad monástica inferior a cinco miembros a dejar su lugar para reagruparse en otro. Allí había estado la congregación los últimos 533 años, hasta el 13 de junio de 2021, festividad de San Antonio. Ahora la Federación de Monjas Clarisas lo ha cedido por 30 años a una asociación, Camino del Asombro, que aspira a recuperar y dar a conocer su patrimonio artístico y cultural, explica su presidente, Juan Ayres.

El monasterio, "gótico-mudéjar", aclara por teléfono Alicia Vallina, doctora en Historia del Arte y conservadora de museos del Estado, se puede visitar, una parte, desde el 13 de junio con guía y en grupos de unas 30 personas, a siete euros la entrada. Vallina es la encargada de la museografía, de que en las visitas "se ofrezca un relato ordenado y con sentido del monasterio que el público pueda entender, explicando las estancias, y que los objetos cuenten su historia", añade. El proyecto cuenta con 210.000 euros de subvención de la Junta de Castilla y León y 90.000 aportados por la asociación.

La finca originalmente tuvo otro uso. En ella se encontraba el pabellón de caza del rey de Castilla Enrique IV (1425-1474), quien ha pasado a la historia como "el impotente" —no pudo consumar su primer matrimonio, con Blanca II de Navarra, cuando él tenía 15 años— y que sufrió problemas de salud. "Aquí le trajeron con cinco años, cuando era príncipe, para su formación".

Enrique IV reinó desde 1454 hasta su fallecimiento, 20 años después; aficionado a la música, a la literatura y a perderse por los bosques cazando, pero menos a los asuntos de gobierno, en una época de intrigas y traicio-



La sala de los frailes o del trono del monasterio de San Antonio el Real, el 14 de julio. ALEX ONCIU

nes, el monarca donó el pabellón a los franciscanos para que crearan un convento. Sin embargo, en 1488, su hermanastra Isabel, ya reina, invitó a esta orden, más peleona, a marcharse y cedió el lugar a las clarisas para la vida contemplativa, como demuestran las rejas de los locutorios que hay a la entrada, desde los que las religiosas se comunicaban con sus seres queridos cuando las visitaban.

El recorrido comienza precisamente con un retrato moderno de Enrique IV, realizado este mismo año por el pintor e ilustrador Fernando Vicente para que los visitantes puedan hacerse una idea del personaje. "Lo he pintado a partir de la documentación que hay sobre él, de un pequeño retrato suyo que se ha descubierto en un cantoral del monasterio y del más conocido, con bonete rojo, que está

en un códice en Stuttgart", dice al teléfono Vicente. El cantoral que pertenece a la colección del monasterio está iluminado y es de la segunda mitad del XV. En él está la miniatura inacabada del rey que sirvió a Fernando Vicente para su retrato, en la que se le muestra "arrodillado ante San Antonio de Padua, por el que tenía gran devoción, para que le bendiga". "Está en actitud orante, con espada y corona, y con traje de influencia mudéjar", apunta Vallina.

Y, como se explica en un panel, su rostro "coincide con las descripciones de los cronistas: cabeza grande, mentón poderoso, nariz aplastada, grandes ojos oscuros y ceño fruncido". Vicente espera que este proyecto sirva también para "reivindicar" a un monarca del que sus sucesores, los Reyes Católicos, difundieron una imagen que acabó convirtiéndose en leyenda negra.



"Se prevé hacer una hospedería para la reflexión y el silencio adaptando las celdas"
Juan Ayres

Presidente de la asociación Camino del Asombro

"Estamos en la zona monárquica del monasterio", anuncia Ayres. En una sala hay algunos instrumentos musicales, entre los que destaca "un piano inglés del siglo XVIII". Al adentrarse en "la parte monástica" hay un "jardín abierto" en el que la vegetación se ha hecho dueña del espacio. Otro de los objetivos es "recuperar las zonas verdes, porque ahí se conservaba el saber botánico", apunta Vallina.

En torno al claustro central se prevé una "hospedería del silencio", cuenta el presidente, "un refugio para la reflexión y el silencio" entre nogales y castaños, que adaptará algunas de las más de 100 celdas que hay por todo el cenobio.

Valiosísimos artesanos

La visita llega a la parte más valiosa artísticamente, la de los artesanos, que "se han conservado sin carcoma en buena medida gracias a que las monjas los limpiaban pacientemente con un utillaje casero", un plumero con plumas de pájaro atado a una larga caña. "La calidad de estos artesanos es magnífica", dice Enrique Nuere, arquitecto y miembro de la Real Academia de Bellas Artes, gran especialista en lo que técnicamente se llama "carpintería de lazo". Nuere recuerda que estos techos se intervinieron a finales del siglo pasado y que cuando se construyeron "eran caros, un elemento de distinción". Y destaca el artesanado de la iglesia, "que además de decorativo es estructural"; el de la sala capitular, "que es una planta octogonal en una cuadrada y sujeta el piso que hay encima", y el de las panderas del claustro, que muestra una hipnotizante decoración con estrellas de ocho puntas. Simboliza el cielo con sus infinitas estrellas, por lo que a sus pies se enterraban las monjas que fallecieron en el convento, explica Ayres.

En la iglesia del monasterio, cuya portada gótica-isabelina es del arquitecto francés Juan Guas —que desarrolló su obra en España—, se pueden contemplar las bellísimas figuras de un retablo flamenco del siglo XV, en madera policromada, con escenas de la Pasión de Cristo que se desmontaron del altar mayor para juntarlas apretadamente en un nicho. Al menos esto permite ver de cerca la delicada expresividad de sus rostros.

En el refectorio había una mesa con forma de U en la que almorzaban las monjas. Allí llegaba la olla caliente. Se servía primero a la abadesa, que daba unos golpes con su cuchara en la mesa; era la señal para que las monjas abrieran las taquillas con puertas de madera que tenían detrás y cogieran sus cubiertos y el plato.